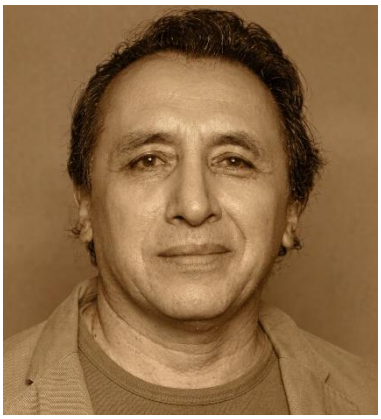
In Memoriam

Por Gabriela Hernández Vega
Universidad de Nariño, Colombia

A mi entrañable amigo, José María García Garduño



Fuente: archivo personal

Con profundo dolor, pero también con una inmensa gratitud por los momentos compartidos, rindo homenaje a la memoria de mi gran amigo José María.

Visitar México siempre es un aprendizaje, porque nos remonta siglos atrás hacia un encuentro con el mundo azteca; a la vez, es un gran placer por la amabilidad de su gente, dispuesta siempre a brindarnos afecto y ejemplo permanente del respeto a su patria. Así, en ese mundo y como telón de fondo, se dio el encuentro con quien llegó a ser, para mí y mi familia, nuestro gran amigo.

Te saludé por primera vez durante una visita que hiciste, hace ya unos años, a la Universidad de Nariño en compañía de Alicia Rivera —quien también llegaría a ser una gran amiga— y del estimado Tiburcio Moreno. Los tres, como investigadores, presentaron una charla a algunos directivos sobre sus especialidades en Currículo y Evaluación del aprendizaje en la educación superior.

Con posterioridad a esa experiencia, tengo el recuerdo de un viaje de vacaciones que hicimos con la familia hace ya algunos años. En ese viaje, una de las primeras muestras de tu amabilidad fue la de acompañarnos a esperar a mi hijo Camilo, que venía de París y cuyo vuelo llegaba en horas de la noche; te quedaste hasta tarde y después nos llevaste al hotel, cuando era ya la media noche. En días posteriores, nos dedicaste todo el tiempo para mostrarnos a Emilio José, a Camilo y a mí la bella Ciudad de México: sitios y rincones que no forman parte de las guías turistas, sino que son recuerdo de las vivencias de quienes, como tú, han recorrido diariamente sus calles.

Contigo conocimos restaurantes y nos guiaste para deleitarnos con la comida muy mexicana; como era obvio, tuvimos buenas demostraciones del delicioso mole y de los famosos chiles. ¡Ese habanero, oh! oh! …! Pero como me gustaron, tuve el privilegio de recibir potes de mole poblano y del habanero, sobre el que me recomendaste tener cuidado por lo picante; pero ya era tarde, porque con ardor de labios y lengua ya me había comido esos chiles.

Nos mostraste cómo ser un buen docente por tu dedicación, entusiasmo y exigencia de rigor; y cómo ser un buen compañero, con el impulso al trabajo de colegas. Les diste tiempo a tus estudiantes, señalando errores, corrigiendo una y otra vez, pero siempre enseñando. No se trataba de impedirles el avance; al contrario, era mostrarles cómo lograrlo con calidad.

Fuiste un buen viajero: recorriste una gran parte de Colombia. Hoy recibía tu chat desde Caño Cristales, con los colores de fondo, y a los dos días el de Santa Martha, haciéndole guiños a la Sierra Nevada; después regresabas a cumplir con el doctorado en Ciencias de la Educación de la Universidad del Tolima. A decir verdad, en más de una ocasión te molesté y cariñosamente te dije: "Tú si eres patialegre". Te gozabas esos viajes.

José María, qué pena no alcanzamos a recorrer México más arriba de la capital, como lo habíamos pensado. Tú sabes, no me gustan los temblores; me ponen muy nerviosa, te lo dije. Y fíjate: hoy, 18 de octubre, se presentó un sismo por los lados de Oaxaca, según unas noticias. Cuando te comenté de mis temores, tú me proponías viajar más al norte, hacia Hidalgo o Querétaro; decías que eran zonas más tranquilas. Si es así, amigo, viajaremos con Emilio José por esos lares y te aseguro que vamos a pasear contigo. Seguro que sí nos acompañarás y, como buen amigo, nos vas a proteger.

Te cuento que en el chat quedaron todas las recetas que me enviaste para Emilio José y para mí. En conjunto, hay una farmacia completa, pero de tipo ancestral y contemporánea; yo diría que me lograste toda una fitoterapia. Y quedó con parte de tu rostro. Gracias nuevamente, amigo.

Se me olvidaba darte las gracias por el rescate que hiciste de nuestros documentos en Ciudad de México vía Ensenada. Te lo recuerdo: con Emilio José llegamos al aeropuerto en una buseta en la que íbamos solamente los dos; nos bajamos y, cuando voy a revisar para alistar los pasaportes, ¡miércoles! nada, no estaban, no encontraba la carterita. Llamé a Colombia a mi hijo y le conté "¿y ahora qué hacemos?". Pero, como a los pocos minutos, llegó la buseta: "¡señora, señora, tengo sus documentos!". Qué maravilla, me entregó la carterita. Quedé aterrada. "¿Qué pasó?, pensé. Llamé de nuevo: "Camy, ya me entregaron los pasaportes. ¿Qué hiciste?" y me dice: "pues el José María, mami; lo llamé y le conté". Amigo, te debía esas gracias, y con mayúscula.

Finalmente, te cuento que con el amigo del vino nos hubiera gustado una reunión más. Las recordamos con mucho cariño y nostalgia porque las pasamos muy bien, buena conversación y un buen vino.

Con cariño y tristeza, Gaby.

Desde San Juan de Pasto, octubre de 2026.